

art buchwald

CLASIFICACION DE PELICULAS

WASHINGTON.—El señor Jack Valenti, de la Asociación de Productores de Películas, ha realizado una excelente tarea con su sistema de clasificación cinematográfica. Para proteger a los niños, su Asociación informa al público —a través de anuncios en la prensa y en el exterior de las salas cinematográficas— si una película es adecuada para toda la familia o sólo para los miembros adultos de la misma. La clasificación comienza por "G" (para toda la familia), sigue con "M" (para gente madura) y termina con "X", que indica la no admisión a la sala de los menores de dieciséis años.

No estoy criticando el sistema del señor Valenti —solamente trato de mejorarlo— al señalar que debería agregarse otra categoría, que podría designarse con las letras "NPE", "no para esposas".

Digo esto porque la otra noche fui al cine con mi mujer. Junto a la entrada había nota en la que se especificaba que la película era de la clase "X".

—¿Qué significa eso? —me preguntó mi esposa.

—Significa que esta película es para personas adultas y sólo se permite verla a aquellas personas capaces de comprender las implicaciones que el productor, el guionista y el director están tratando de explicar —le contesté.

—¿Quieres decirme que es una película sucia?

—No debemos usar esta palabra al describir una película. Se trata de un film artístico destinado a un público específico que desea algo más de la vida que Doris Day y Rock Hudson.

—Esos carteles de ahí me parecen bastante sucios —me dijo mi mujer.

—¿Por qué? ¿No has visto nunca a una muchacha amarrada a una pala excavadora?

—No cuando la pala está derribando un edificio...

—Bueno, los carteles no demuestran nunca realmente lo que es la película. Se trata, simplemente, de una forma de atraer al público.

—Yo preferiría ver "Olivier" —dijo ella.

—No seas tan simple. Si los adultos no apoyan las películas "X", ¿quién va a hacerlo?

Antes de que ella pudiera contestarme compré las entradas y nos metimos en la sala.

—El maíz tostado parece sucio —dijo mi esposa.

—¿Vas a dejar de actuar como alguien que viene al cine por toda la familia?

Nos sentamos detrás de seis miembros de una pandilla de motociclistas y junto a un anciano que estaba leyendo "Candy" mientras apagaban las luces. Por fin empezó la película. La primera escena mostraba a una mujer flagelada por diez agentes de la Policía Montada del Canadá.

—¡Vámonos! —exclamó mi esposa.

—No podemos marcharnos sin saber qué hizo esa mujer. Tal vez sea ésa la forma de castigo en Canadá.

Luego la escena cambió hacia un grupo de leñadores que caminaban bajo los árboles con sus brazos entrelazados. Se detuvieron en un claro del bosque.

—Ya está bien, me voy —exclamó mi mujer.

—Pero se supone que ahora sigue una gran escena entre dos muchachas de Toronto y tres mujeres del Canadá francés que quiere independizarse de la Federación —le dije.

Pero mi esposa estaba ya en el pasillo. La seguí.

—Solamente quiero hacerte una consideración —me dijo mientras regresábamos a casa—: ¿Qué tipo el de aquel policía besando a su caballo?

—Vamos, vamos, ¿no has visto nunca a un hombre besando a su caballo?

—Pero, ¿en los labios?

(Copyright 1969, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)

EE. UU.

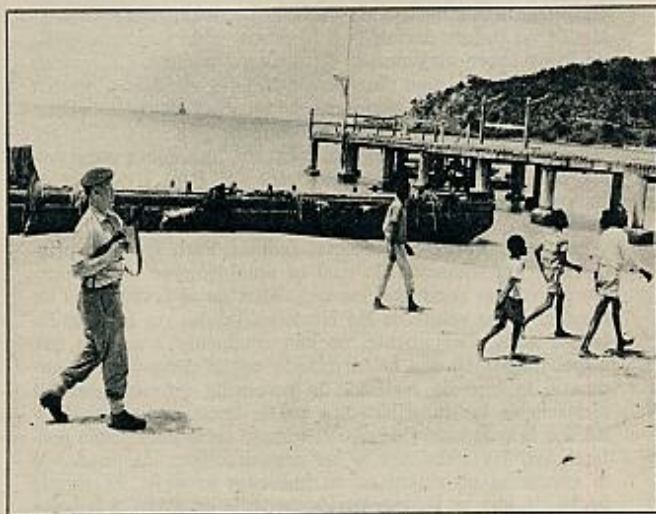
Hacia el voto popular

Es muy probable que las próximas elecciones para la presidencia de los Estados Unidos (noviembre de 1972) no se celebren como hasta ahora, por el intermedio de los partidos, sino directamente por voto popular, siguiendo el ejemplo francés instaurado por De Gaulle. El sistema por el cual los partidos enfrentaron a Humphrey y a Nixon, eliminando todas las candidaturas nuevas, defraudó considerablemente al pueblo norteamericano, que ya en 1964 se había visto en una opción similar, al tener que elegir entre Johnson y Goldwater. El Comité de Justicia de la Cámara debe estudiar una reforma de la ley electoral, y al parecer el propio presidente Nixon se inclina por la fórmula de la elección directa, por la cual se dirimirían en las urnas —lo de las urnas es una frase consagrada, pero en los Estados Unidos no existen porque el voto es electrónico— las candidaturas de todos aquellos que se presentasen a la elección. Si el co-

mité adoptase una ley semejante, tendría que recibir la aprobación de por lo menos 28 estados, requerida para cualquier enmienda de la Constitución. El comité va a comenzar, a fin de mes, el estudio preliminar de la reforma electoral. Se estudian también otra serie de posibilidades mixtas, pero, en general, todas tienden a dar la sensación de que la dictadura de los dos grandes partidos, y dentro de ellos de los grupos de presión, será eliminada en el futuro. Una reforma en ese sentido dará mayor probabilidad a candidatos de tipo independiente, como lo fue McCarthy en las pasadas elecciones, e incluso a aquellos que pueden aparecer como «rebeldes» dentro del mismo partido. Ese sería el caso del senador Edward Kennedy, que se enfrentaría personalmente a la reelección de Nixon. Pero los observadores tienden a creer que las reformas que puedan hacerse en el Congreso tenderán siempre a conservar la primacía de los grupos de presión.

ANGUILA

¿Operación de gangsters o lucha por la independencia?



En 1967 la Gran Bretaña concedió una independencia limitada a sus antiguas colonias en el Caribe, después de haber fracasado en la construcción de una Federación. Con tres de las más pequeñas islas —Anguila, St. Kitts y Nevis— se formó un estado confederado, con las cuestiones de defensa y relaciones exteriores en manos británicas. El estado confederado tenía un primer ministro, Robert Bradshaw, con residencia en St. Kitts, y, según los habitantes de Anguila, con tendencia a favorecer su propia isla en detrimento de las otras. Los ciudadanos de Anguila no parecen conformes con este estado de cosas y han declarado la rebeldía. Esta declaración fue seguida de la expulsión de William Whitlock, subsecretario de Estado en el Foreign Office. Whitlock fue a Londres y describió la situación de Anguila como peligrosa. Según él, la isla está en manos de unos gangsters, de unos elementos residuales de la emigración cubana anticastro, que pretenden convertirla en una especie de prostíbulo, de casa de juego y de nido de contrabandistas. La versión, desde el pun-

to de vista isleño, es que de lo que se trata es de situar la porción de tierra en la corriente del turismo mundial, utilizando su belleza, sus paisajes y su clima para aumentarlos con ciertos atractivos que son legales y corrientes en otras partes del mundo —Las Vegas, Miami, Mónaco, Acapulco—, con lo cual la débil economía actual de su isla —las anguilas que le dan su nombre, el ganado porcino, la langosta y la sal— se reforzaría en beneficio de los siete mil habitantes actuales. Anguila se queja de que algunas de estas ventajas existen ya en la vecina isla de Antigua, donde el primer ministro Vere Cornell Bird, a pesar de su procedencia sindicalista, ofrece a los turistas las condiciones de «paraíso tropical». Hay otros problemas de fondo. Existe una resistencia cultural —en Anguila ha prevalecido la cultura francesa, aunque salió de la corona francesa hace más de trescientos años—, un problema racial —los habitantes son negros, descendientes de esclavos llevados por los colonos— y un deseo de independencia. La respuesta británica parece conformarse